

Alma y vida



De un
niño de
madera

¡A la valija noo...!

Rodolfo Aredes y su muñeco han hecho emocionar a varias generaciones salteñas. Han recorrido varios continentes y han cosechado premios y aplausos de grandes y chicos. Por cada función pagada regalan dos a las escuelas carenciadas y a las instituciones benéficas.

Treinta y siete años atrás, el santero peruano Abraham Guitel conocía a Richard Smith, ventrílocuo llegado de una remota provincia argentina signada por dar al mundo artistas trashumantes y poetas.

La predestinación que ata a los hombres sensibles a lo inexplicable, lo llevó a fabricar algo diferente de los ángeles y santos de madera que durante toda su vida había echado al mundo. Un muñeco móvil que pudiera expresarse a través de la palabra. Ese muñeco lo verá expirar, pues el santero se fue de este mundo con su creación última en las manos, sentado en el mismo sitio donde había trabajado siempre.

La manufactura del muñeco tal, llevó a pensar a la hija del santero que había sido Dios en su infinita potestad quien a modo de piadoso castigo se llevó a Guitel.

Pasarían días antes de que el ventrílocuo pudiera juntarse con el muñeco que el santero había comenzado a construir.

Una noche, que a través de los años se hace imprecisa y después de que Smith insistiera en que había sido el propio Guitel el de la idea de tallar el leño, la joven se presentó con el muñeco donde el ventrílocuo trabajaba. Su idea era prestar al hombre, por una vez, el niño de madera.

Smith, muchacho aún, tal vez cansado, sufrió en esa oportunidad una suerte de laguna mental. Un oficio largo y la familiaridad con el escenario le permitieron sortear el escollo.

Había comenzado su actuación, cuando recordó que el muñeco aún permanecía innominado.

"¿Cuál es tu nombre?", le preguntó el artista.

"Pepito", respondió el muñeco.

Dicen que a este breve diálogo siguió el desmayo de la hija del santero que observaba el show.

Horas más tarde la joven relataría al ventrílocuo que su padre había tenido un hijo, fallecido para entonces y anterior a ella, cuyo nombre era José y a quien en la intimidad del hogar llamaban Pepe.

El muñeco Pepito quedaría para siempre con Richard Smith, y más tarde Rodolfo Aredes -pues estaba hecho para él y así lo comprendió la hija del santero.

Terapia con el muñeco

Pepito no sólo actúa en las ciudades. De la mano de Rodolfo Aredes llega a las escuelas carenciadas de la campaña con funciones a beneficio, de la misma manera que lo hace para cualquier entidad benéfica.

"Por cada función que me pagan, regalo dos".



dice Aredes y nos muestra algunas bolsas con mercadería para donar y un minipatín que cuelga esperando a algún niño.

"Creo que conozco todas las escuelas. Las más alejadas son las que más me atraen. Tengo la ventaja de que me gusta llegar a los lugares más inaccesibles", dice y uno se queda pensando en lo bueno que sería que todos los artistas tuvieran las mismas inquietudes.

"Del año pasado a esta parte he tomado conciencia de que no sólo los chicos sino los viejos necesitan mucho. Estoy muy preocupado. Voy por los hogares y los hospitales donde están los abuelos y veo que existe un total abandono. La situación es vieja, pero pienso que el gobierno actual tampoco está haciendo nada. Pretendo juntar a los responsables para buscar una alternativa. Que vengan al geriátrico

y se les van a parar los pelos- agrega.

Aredes y su muñeco Pepito tuvieron la oportunidad de brindar trabajos a modo de terapia de recuperación. Conocieron al doctor Florencio Scardó en el año '77 en Tucumán. Scardó desarrollaba un trabajo con una nena que no hablaba. Luego escribió el libro "Terapia para niños a través de un muñeco", en el que relata la anécdota de cómo conoció a Pepito y cómo logró restituir el habla de la niña a través del muñeco.

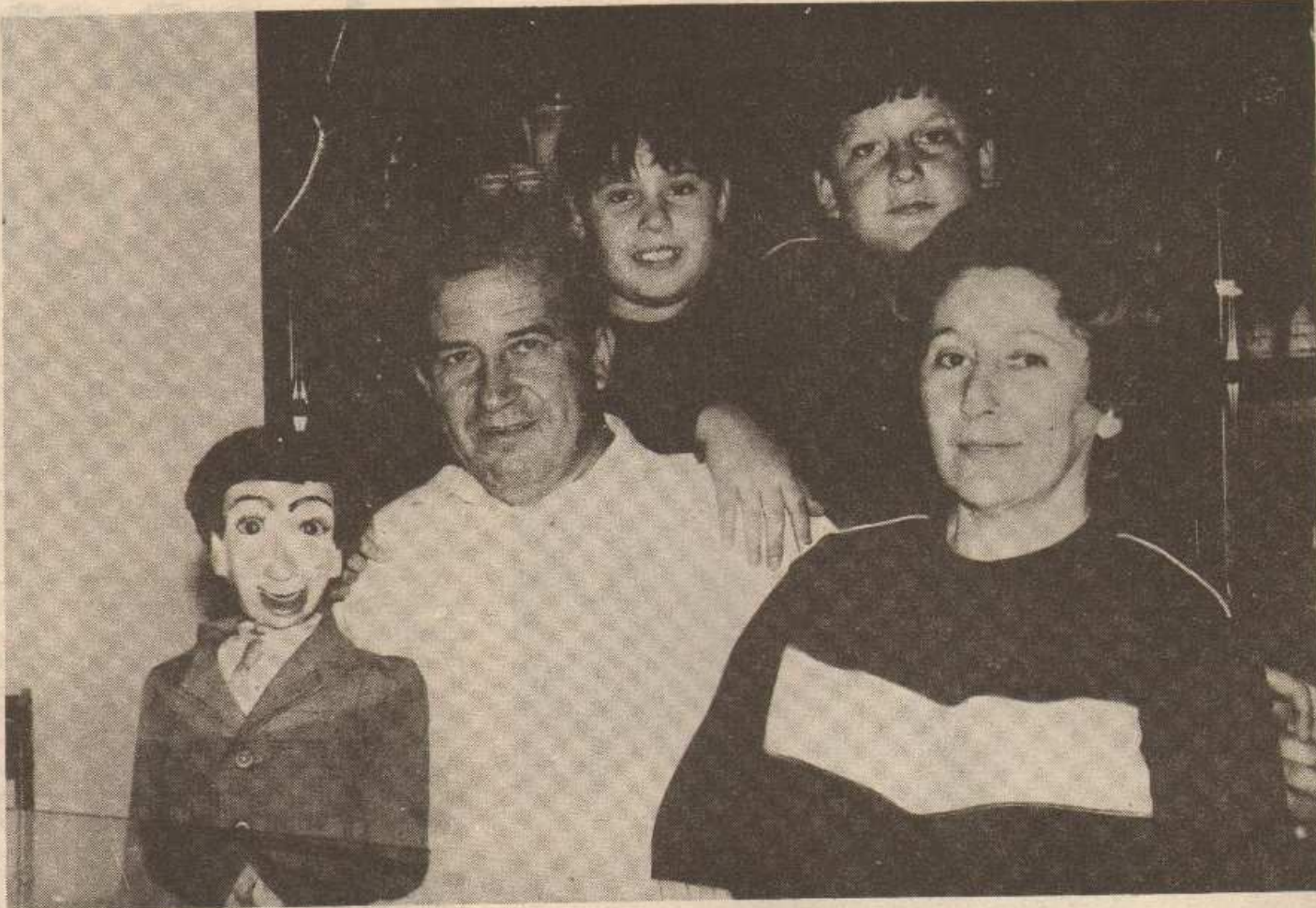
"Esto me llevó a vivir otras experiencias -comenta Aredes-. En Salta tuvimos una, con una niña que no podía hablar ni caminar. A través de esta terapia se recuperó".

Tal vez el secreto resida en lo que afirma Aredes, cuando dice de la gente que se mete en el personaje, o viceversa: "Entonces, la gente se olvida del ventrílocuo, de la función".

Un profesional

Cuenta Rodolfo Aredes haber decidido de muy chico ser artista. Con esa misma naturalidad asumió la seriedad del oficio. Sabedor de que el artista trabaja donde los otros se divierten, su actitud es la de quien se convierte en su propia empresa.

"Por eso, si me contratan para una fiesta trabajo y me voy inmediatamente. No soy un invitado. Si me quedo soy un colado. Uno va con-



Pepito es un integrante más de la familia Aredes.

tratado, como un mozo, o un fotógrafo. Todas estas cosas les digo a mis colegas. La empresa debe tener la seguridad de que cuenta con tu trabajo en el momento en que el escenario se abre. Esa es una de las cosas por las cuales fracasa el 80% de la gente que trabaja en el espectáculo. No son responsables de su propio trabajo. Llegan tarde o en forma inapropiada para el trabajo. O llegan bien y luego se quedan. Terminan mal al poco tiempo. Y es denigrante ver a aquel al que uno se paró para aplaudirlo en las condiciones que queda. A esas cosas las aprendí de muy chiquito".

Pocas veces Aredes tiene fiesta, es el reclamo que le hacen sus amigos. Cuando ellos comienzan la fiesta él

ya tiene que ir a trabajar. Muy católico agradece a Dios la posibilidad de vivir holgadamente de lo que le gusta.

Pepito vive por sí mismo, por lo tanto Aredes nunca sabe qué cosas va a decir Pepito, con qué salidas va a sorprenderlo.

"Soy, creo, el receptor de la sensibilidad de la gente, o del momento y las circunstancias del lugar donde se va a desarrollar el espectáculo -dice pausado mientras tomamos unos mates-. Quizá el entorno entra a través de mi subconciencia y aflora a través de Pepito.

El tiene una magia que muchas veces me la quise explicar. Cómo hace para saber quién está ahí, en cada lugar del ambiente en que se desarrolla el espectáculo... o lo que es más misterioso: cómo sabe qué le sucede a cada personaje, es algo que no lo sé.

Pepito recibe cartas que le escribe la gente porque ha sido tocada por sus palabras. Son mensajes que deja Pepito. Pero no soy yo. Hay momentos en los

que él me domina arriba del escenario. Tengo muchas anécdotas en las cuales Pepito me hizo quedar muy mal. Hubo veces en que tuve que pelearme con alguna gente. Me echaron de lugares, incluso con contratos firmados por las cosas que el muñeco dice. Pero habla él, no soy yo".

Tal vez esa sea la mágica razón por la que Rodolfo Aredes todavía vive del arte en una ciudad como Salta, pequeña, donde el campo de acción es mínimo.

La sensibilidad

Desde la aparición de Pepito en la vida de Aredes, el artista jamás lo sustituyó por otro muñeco. Cada año el artista lo restaura con sus propias manos.

Cabellera de pelo de conejo, ojos de vidrio. La madera de que está hecho es un misterio.

El hombre que lo fabricó sabía muy bien que debía hacerlo de una madera muy noble. Hoy el muñeco Pepito tiene 37 años y nació un 7 de abril. Abraham Guitel, el santero que le dio forma a Pepito, afirmaba que el corte del muñeco era psicológico. Que "cuando el muñeco estuviera triste, su carita se le iba a alargar y cuando estuviera contento la carita se le iba a poner redonda. Pero no porque se le moviera, sino porque la gente se la iba a ver así. Hay personas que van a decir que lo ven llorar. Hay gente que dice que ve a los santos llorar, y no es que el santo lllore sino que ellos lo ven. Entonces con el muñeco va a pasar lo mismo".

En realidad el rostro de

Un estímulo

Aredes, de palabra generosa, nos había dado un cuadro general del muñeco Pepito.

A través de relatos había logrado la atmósfera que también produce desde la inspiración en el escenario: Pepito adquiere vida independiente del ventrílocuo. El hombre que lo sostiene desaparece de la vista, se esfuma entre los reflectores. Es casi una voz, una vigencia de interlocución apenas necesaria para que el diálogo continúe y Pepito siga creciendo e instalándose entre el público que, a su vez, ya ha dejado de pertenecer a la platea, para situarse en los ámbitos que la propia fantasía, acuciada por la magia que el muñeco ha ido creando imperceptiblemente. Una enredadera invisible que se entrama alrededor de las imágenes que cada uno proyecta de sí mismo.

Pepito es un estímulo para que el hombre que lo ve y escucha se suelte de su cuerpo, de su propia historia, sin temores, pues siempre se podrá decir que fue el muñeco quien habló, sentenció, propuso. Es en su cuerpo de madera, su voz aguda y su lenguaje mordaz donde encalla el hombre cotidiano, atado de pies y manos a cánones mezquinos, que le retacean la risa y el juego. Pepito es una especie de rayuela para asaltar el perdido cielo.

Los adultos jamás tendrán cargos de conciencia, pues el espectáculo es infantil.

Los padres llevan a los hijos a ver el show. Pero parapetados detrás de ese argumento son los adultos, los grandes, los serios hombres de trabajo, de oficina o lo que sea y tengan que hacer para sobrevivir, aunque la niñez vaya quedando muy atrás, los que desean ir a tomarse de la mano de madera de Pepito.

Ese dúo de una sola persona que es -son- Rodolfo Aredes y su -de todos- muñeco Pepito, se ha convertido en una institución salteña. Sociedad conservadora de ritos apremiantes e inhibitorios de la alegría y la creación; Salta y sus tabúes necesitan la expiación a través del eufemismo del espectáculo infantil.

Aredes, salteño también, por lo tanto atado a los códigos del lugar común, apela sin querer a los guiños hacia la platea adulta, para que esos hombres grandes puedan sentirse niños sin miedo al cuco, al viejo de la bolsa social.



Pepito acompaña a Rodolfo Aredes desde hace 37 años.

¡ A la valija...

La verdad es que inhibe

Llevábamos un prolongado rato de conversación con Aredes, su esposa ya nos había integrado al ambiente doméstico haciéndonos participar de los mates cebados y las masitas, y afuera, por las calles del Intersindical, la tarde pasaba caminando.

Profesional del establecimiento de vínculos, Aredes rompe el hielo inmediatamente y nos hace sentir como en casa de un viejo amigo. La charla fluye tranquila y natural. El fotógrafo se ríe y se divierte con las anécdotas.

"Pepito nunca se quedó mudo -comenta en algún momento Aredes-. A pesar de que yo pudiera estar algo afónico, él tuvo siempre su brillante voz. Este año en Córdoba yo estaba muy bien, pero él no habló. Fui a un médico y cuando me revisó se sorprendió por mis habilidades. Hasta filmó mis cuerdas vocales".

La ventriloquia es la posibilidad que tiene una persona de modificar su voz provocando la sensación sonora de lejanía o de voz perteneciente a otro ser humano. En la antigüedad se creía que la voz era emitida directamente desde el estómago, por lo que se llamó ventriloquia (de ventri - vientre; y de loquia - locus - lengua, hablar).

No son muchos los ventrílocuos. En nuestra provincia la única posibilidad de conocer un ventrílocuo es a través de Aredes-Pepito. Chasman y Chivolita es otra dupla más o menos conocida, pero lejana y que al utilizar otro código expresivo -el sureño- nos es ajeno.

"Soy el único ventrílocuo en Salta y en gran parte del territorio argentino y americano -nos dice Aredes sin vanidad o so-



brevaloración alguna. El ventrílocuo es una especie en extinción, se va perdiendo. No crece el número de ventrílocuos junto al de la población en general.

Puedo poner el ejemplo de Salta: el que no conoce a Aredes difícilmente conoce a un ventrílocuo. A otros pueden verlos en películas, pero nada más".

A esa altura de la tarde y la charla, hablamos recorrido gran parte de la historia del ventrílocuo y el niño de madera, pero aún no habíamos visto al muñeco.

De alguna manera la expectativa del cronista y el fotógrafo era ver a Pepito, fotografiarlo, conocer su intimidad cotidiana, ver si era verdad que dormía en la valija.

Y llegó el momento de fotografiarlo. "Ya lo traí-

go", dijo Aredes.

Y apareció en brazos del hombre, saludando.

"¡Esas fotos son en colores?" -preguntó Pepito.

"No", respondía el fotógrafo mientras efectuaba las tomas.

"Ah", respondió Pepito desencantado y continuó "medio trucho ese diario". Y luego: "Che ¿y a mí no me vas a hacer un reportaje?". Por vaya a saber qué fantasmas y telarañas internalizadas de este cronista la interlocución con Pepito le provocó una inhibición terrible, paralizante e inquietante para alguien que vive de hacer preguntas. El grabador temblaba en la mano de quien estas líneas escribe.

Al fin descubrí una puerta abierta y me escapé de mí mismo.

madera de Pepito posee la cualidad de que el espectador lo vea reír o entristecer. Pocos son los salteños que no conozcan su clásico: "¡No, a la valija no!". Pepito cuenta que la valija en la que duerme tiene aire acondicionado, pero que se siente solo en ella.

En ese momento sobre el espectador se cizna el sentimiento de opresión de la valija. Otro instante de tensión es logrado cuando el muñeco explica que a pesar de tener un corazón de madera también siente. Más de una garganta se anuda entonces.

El niño de madera se transforma en un niño real, con los mismos miedos

infantiles que nos recorrieron en el inicio de nuestras vidas.

"¡No, a la valija no!", resuena después de que Pepito nos hizo reír a carcajadas hablando de cotidianidades como el precio de la vida, el desgobierno. Después lanza piropos a las jóvenes más lindas de la concurrencia.

Pero el público acepta las cosas que dice la boca de ese niño ingenuo, ese niño permanente.

Hasta que Aredes se va del escenario con el niño de madera gritando: "¡No, a la valija no!".

Texto: Antonio Sagárnaga
Foto: Lucas Alascio

El cambio de nombre

"Era muy chico -tenía siete años- cuando me enteré que lo mío se llamaba ventriloquismo" - dice recordando cosas lejanas Rodolfo Aredes, quien comenzó su larga y exitosa carrera bajo el nombre de Richard Smith.

"Por aquella época todos los artistas usaban seudónimo", aclara el hombre.

Corría el año 1972, cuando se encontraba participando de un concurso en Francia del cual resultaría ganador, cuando Rodolfo Aredes decidió despojarse de Richard Smith.

"En la televisión habían comentarios del concurso de ventrílocuos y comenzaron a exhibir algo sobre el Cañón del Colorado. En ese momento dice la traductora que estaban hablando de mi país. Claro, para ellos yo era americano. Eso me dolió, me molestó. Cuando regresé a la Argentina lo hice convencido de que tenía que cambiarme el nombre. Entonces me costó mucho. Llevaba años trabajando como Richard Smith. No es fácil cambiarle el nombre a un producto y seguir vendiéndolo después con el mismo éxito. Hay que empezar todo de nuevo, pero lo hice", dice Aredes sin mezquinar palabras.

La casa de este artista no ostenta signos que indiquen su condición

de ventrílocuo consagrado, de hombre que a lo largo de los años hizo emocionar y reír a la gente sin distinción de edad.

Aredes y su muñeco Pepito son dos personalidades absolutamente diferenciadas.

El muñeco Pepito habla con el más puro lenguaje del hombre del pueblo. A la vez su permanente condición de niño le permite una ingenuidad, tras la cual desaparece la ofensa y asoman las verdades que todos y cada uno conocemos de nuestro entorno.

Rodolfo Aredes es, en cambio, un hombre que parece no poseer ámbito más adecuado que el de su familia. Minucioso coleccionista de monedas las muestra y explica, conocedor del tema, los detalles, sus formas. Se apasiona al hablar de ellas mientras va exhumando de las cajoneras más ejemplares hasta que uno termina metido en ese extraño mundo numismático de dólares, patacones y bonos de todos los colores y tamaños.

Anfitrión cálido, apasionado de la minuciosidad enseña al visitante su taller donde caben cientos de herramientas -diminutas unas, ostensibles otras- clasificadas y acomodadas en un paisaje doméstico que pareciera haber sido siempre así.

